



Pensamientos

JUAN PEDRO VIÑUELA

Virtud, libertad y felicidad. Aquí están las claves. La felicidad es casi una cuestión accidental y bioquímica. Pero la virtud y la libertad tienen que ver con la acción. Son realmente el ámbito de la ética. Y no se alcanzan ninguna de las dos sin esfuerzo. Y ese esfuerzo es la tarea de nuestra vida. De ahí que la vida pueda ser una payasada o una obra de arte. La tarea de construir nuestra propia vida es la que forja nuestro ser y nos aleja del rebaño. El rebaño, decadente, no se esfuerza, sigue los impulsos de los deseos y huye, muerto de miedo, de los ladridos del perro vigilante. El miedo es lo que utiliza el poder para dirigir al rebaño. Al poder no le interesa la libertad, prefiere que estemos “felices” y contentos, así él tiene las manos libres. Pero el hombre libre es el que está por encima del miedo. Por eso es de temer y el poder lo rechaza como a un inadaptado. No son tiempos de camuflaje ni de medias verdades. Son tiempos de héroes morales. El pueblo necesita ejemplaridad y excelencia. El héroe no es feliz por necesidad, es digno. Por eso hay que seguir

admitiendo y practicando la sentencia socrática de que es mejor padecer una injusticia que cometerla.

Ya estamos otra vez con el asunto de la libertad religiosa. Los curas y obispos se llevan las manos a la cabeza y claman al cielo pensando que vamos a desespiritualizar a occidente. La iglesia, como institución ha perdido el norte hace mucho tiempo, pero aún conservan, inexplicablemente, mucho poder. Es innegable que una de las raíces de occidente es el cristianismo. Pero, para que el cristianismo llegase a ser tal, tuvo que pasar por la filosofía griega y las religiones místicas. A su vez, toda la filosofía griega y sus religiones tienen sus antecedentes en Asia y África. Intentar identificar Europa con el cristianismo es falso. Es un mito de la identidad. Esto, a lo único que da lugar es a la confrontación. La ilustración, por medio del laicismo, resuelve este problema. En lo público no debe haber manifestación religiosa. El estado es aconfesional. Las religiones son privadas. Ahora bien, las religiones pueden entrar en el diálogo democrático aportando sus valores éticos, pero desde la relatividad de la democracia. Las religiones del libro no casan con la democracia porque todas pretenden ser universalmente verdaderas. Así, las propuestas del clero son un ataque frontal a una de las conquistas ético-políticas de la humanidad, que es la democracia basada en los valores de la tolerancia y el diálogo. La iglesia sostiene que fuera de la iglesia no hay salvación. Yo creo que hay que mirar más la ética de los evangelios y, junto con los teólogos de la liberación, sostengo que fuera de los pobres no hay salvación. Es el problema de la justicia social el que debe preocupar a la iglesia, no el de la dogmática, ni el de unos crucifijos acá o allá. La iglesia es la primera traidora a la verdad moral de los evangelios.

¿Qué es más noble para el alma, sufrir los golpes y las flechas de la injusta fortuna, o tomar las armas contra un mar de adversidades y oponiéndose a ella, encontrar el fin? Hamlet. Shakespeare. Éste es el dilema del ciudadano. Renunciar a la lucha y la acción para cambiar el mundo o asumir el destino. El problema es que no hay un destino marcado y fijado. La historia no tiene un sentido ni un significado. No hay leyes necesarias que la describan. No se puede predecir el futuro porque éste es siempre novedad. Claudicar ante la injusta fortuna es la resignación, la debilidad. No hay destino, aunque sí fortuna, accidente. Pero frente a la adversidad hay que crecerse heroicamente. Podemos renunciar al mundo y su vanidad y banalidad. Ésta es la opción del místico del que busca desprenderse del yo. Pero el que se conforma con la injusticia y la achaca al destino o la fortuna es participe de la ella. Los grandes genocidios de la historia no se hubiesen producido sin la connivencia de la población. El verdadero ciudadano lucha por enmendar las injusticias o, por lo menos, por desvelarlas y desenmascararlas, por salir del engaño, las apariencias y la esclavitud. Y esta tarea ennoblece su alma, como la ennoblece la retirada del místico; pero la intermedia es claudicar y consentir, envilece el alma.

La enseñanza ha padecido el mal del capital y de la pseudociencia de la psicopedagogía. Aunque parezcan separados van íntimamente unidos. El segundo forma parte de la ideología del primero. El sistema destruyó la enseñanza primaria y secundaria, ahora la emprende contra la universitaria. El objetivo fundamental de la educación es lo que podemos llamar la educación liberal que tiene sus orígenes en los clásicos griegos y latinos. Cuando hablamos de educación liberal hablamos de educación en la libertad. Es decir, el objetivo de la educación es el hombre en tanto que sujeto. La educación clásica tiene como objetivo la excelencia pública, la virtud. Ser capaz de transformar a los hombres en sujetos públicos activos, autónomos e independientes. Sin embargo, la reforma universitaria actual tiene como empeño la

instrumentalización del hombre. Ya decía Kant que el tribunal de la universidad era el tribunal de la razón. La razón es lo que nos hace común y nos libera de la superstición. Es aquello que nos convierte en sujetos. Pero el tribunal de la universidad de hoy en día es el mercado. De esto se desprende que el objetivo no es ni la virtud, ni el conocimiento para mejorar la cosa pública, sino la adaptación profesional al mercado laboral. Esto último está alimentado por varios mitos. El más gracioso y succulento es el mito de la formación continua. Siempre debe uno estar formándose. Eso sí, no por el bien social, sino para la adaptación a la empresa, al mundo laboral que crea la competencia curricular para acceder al trabajo. Eso sí, los masters y cursos de formación pertenecen a la empresa y fundaciones privadas. El supuesto conocimiento excede a la universidad y es una fuente de explotación y riqueza. Otro mito es el de las nuevas tecnologías. Es la confusión entre información y conocimiento. Cuando hablamos de la sociedad de la comunicación y de la sociedad del conocimiento se están identificando, aunque no son lo mismo. De lo que se trata es de vaciar de contenidos la enseñanza. Toda la información está en la red. Hasta aquí cierto, pero información sin orden conceptual es algo ciego e inaccesible. Para manejar la información es necesario previamente el conocimiento conceptual, a partir de ahí puedes transformar esta información en conocimiento.

El discurso racional no puede contra la religión. Y esto es así porque el hombre es un animal de creencias. La religión se basa en los hábitos, las costumbres...es una forma de estar en el mundo y de socialización. La religión presta un sentido a la vida y al mundo en el que nos sentimos bien y sin preocupación. La actitud racional exige de la crítica, es la búsqueda de verdades y certezas, pero esto exige de la duda. La racionalidad también es una actitud frente al mundo. Donde confrontan la racionalidad crítica y la creencia es en su modo de explicar el mundo y en su contextualización histórica. El intento de explicación del mundo por parte de la religión es el mito. El

mito no es irracional, pero no es criticable. Es objeto de creencia. Es un mundo simbólico que apuntan a un sentido y que se encarna en nuestro propio lenguaje. Y el lenguaje es una forma de ver el mundo y una forma de vida. La razón intenta desenmascarar al lenguaje; aunque el lenguaje siempre constituirá los límites de mi conocimiento. El problema de la religión es cuando el mito se identifica con la verdad, entonces pasamos directamente al dogmatismo. Y, en segundo lugar, cuando la religión llega al poder, entonces caemos en el fanatismo y la violencia. Exterminio del disidente, el hereje. Por su lado, la razón, cuando se absolutiza, se convierte en un mito y unida al poder da lugar al fanatismo y la violencia. Una razón crítica, histórica y limitada debe poner en su sitio tanto a la razón absoluta como a la religión. La creencia en dios y en lo trascendente obedece a una necesidad natural del hombre de dar sentido a su existencia. Ha sido un mecanismo evolutivo eficaz, porque el hombre es un ser más de creencias que de razones. El hombre necesita las creencias, los hábitos y las costumbres. Por su parte, el estudio histórico del origen de las religiones las relativiza en su contexto socioeconómico que explica su evolución y su posterior alianza con el poder como mecanismo de control. Lo que sí está claro es que un creyente y un ateo no se pueden convencer. Son dos modos de ver el mundo, dos estados de conciencia, dos lenguajes. De lo que se trata, entonces, es de buscar la pluralidad y la tolerancia. Las religiones tienen que aportar su mensaje ético universal y dejar su dogmática teológica para los creyentes. El ateo tiene que comprender que la razón absoluta y universal es un producto de la cultura occidental, por tanto, sujeto a relativización.

La muerte de José Saramago es una gran pérdida humana, ética y estética. Es el modelo, hoy escaso, de intelectual comprometido. Es modelo de la lucha por la justicia social, independientemente de que los caminos puedan ser errados o no. Lo que desde luego nunca fue un error es su integridad, autenticidad, honestidad y consecuencia. Sus obras son artísticamente impe-

cables. Es un deleite para la sensibilidad su lectura. En un primer momento, el disfrute estético de su prosa hace caer en un segundo plano el mensaje moral que se hace sin aspavientos, desde la sencillez, la humildad y el pesimismo esperanzado. Todas sus novelas son grandes metáforas que ponen en cuestión a los grandes mecanismos de poder y engaño de la sociedad. Cuando terminas de leer a Saramago empiezas a pensar; y su prosa y su fuerza ética se convierten en la música de tu cerebro. Un hombre digno de la mayor admiración, excelente en el sentido de virtuoso, valiente. Se ha enfrentado a todos los poderes sin esconderse. Y se ha autoexiliado cuando lo ha creído oportuno. Ha criticado las causas que ha defendido. La mayor de las virtudes intelectuales: la de la rectificación. Todo un modelo y paradigma ético de sabiduría. Su lectura es altamente recomendable en este mundo de confusión y de máscaras en el que todo vale. Éste hombre, como otros, están hecho de otra pasta. Su pensamiento es una propuesta ética, no un dogmatismo, una crítica, una sugerencia. Sus novelas son metáforas inolvidables. Su pesimismo es sabio, como todo escepticismo, pero no desesperanzado.

Uno de los problemas más profundos de la izquierda es que ha caído y defendido el relativismo. Ha dejado de creer en la verdad objetiva y ha dado pábulo a los constructivistas y los posmodernos. Estos se han hecho fuertes en la defensa del multiculturalismo y la crítica de la ciencia como conocimiento objetivo. Y esto es lo que ha dado pie al relativismo. Y todo este discurso se ha vuelto contra la izquierda porque el poder ha defendido su verdad que es la del más fuerte. Además, al negar la objetividad de la verdad, o la posibilidad de alcanzar verdades objetivas, la izquierda se ha quedado sin ideas y se ha transformado en mera ideología relativista y posmoderna. Cuando la izquierda ha negado el discurso de la razón crítica ilustrado ha firmado su sentencia de muerte. Es necesario que la izquierda revise todo esto para recuperar un relato racional de la humanidad. Ya sabemos que todo relato es una construcción, pero el que procede de la racionalidad crítica y de

la ilustración es objetivo y pretende una universalización de la moral teniendo como centro la dignidad humana. Al poder reaccionario le ha venido de perlas este relativismo porque le ha permitido defender cualquier discurso. Y eso es lo que ha hecho Buhs, por ejemplo, a la hora de invadir Irak, y es lo que hacen y han hecho los gobiernos al someterse al que se supone único pensamiento objetivo, el económico. Por si fuera poco éste pensamiento económico es ideología, la ideología neoliberal: una auténtica religión utópica, con todos los peligros que ello conlleva para el hombre.

Esta sí que es buena. La Secretaria del Estado de Educación dice que los alumnos de 4º de primaria tienen un buen nivel de conocimientos, según se deduce del plan de evaluación, el problema es que no son capaces de aplicarlos. ¡Toma ya, ahí es nada! Y, añade, el problema es que tienen una educación excesivamente teórica. Estos señores no se bajan de la burra. Y lo de la burra me recuerda al chiste de aquel que decía que tenía un burro que sabía leer y tras la prueba, esperando una hora, sin que el animal dijese nada, soltó, como la secretaria, sabe leer, lo que pasa es que no sabe pronunciar. Pues eso es lo que les pasa a nuestros alumnos según los responsables de educación, que saben mucho, pero no lo saben aplicar. Hay que joderse la estupidez que hay que soportar. Y, encima, resulta que les enseñamos demasiada teoría. Venga, más folclore y tonterías, más motivación, y menos autoridad y disciplina. Más señoritos satisfechos. El daño es irreparable, los que se salvan son por cuestión genética, diría yo que están genéticamente blindados contra la estupidez de la LOGSE-LOE. Pero, están también los listillos, que en otro sistema, llegarían lejos, y aprovechan la coyuntura y se convierten en trepas y oportunistas. Cínicos sin moral ni principios. ¡Venga ya!

Leo un libro, no demasiado bueno, aunque el tema lo es, sobre una facultad humana, la estupidez. El título es sugerente, El poder de la estupidez. La verdad es que siempre he pensado que hemos fundado nuestra sociedad occidental, a cuyos epígonos asistimos, sobre un mito: el de la racionalidad humana. Fue Aristóteles el que nos definió como seres racionales, frente al resto del reino animal. La verdad es que nuestra racionalidad es escasa, más amplia es nuestra estupidez, si no, no hubiésemos llegado al mundo en el que estamos. Una locura organizada nacida de la estupidez, no de la razón. O de la razón estúpida; es decir, de la que está ligada a los vicios, soberbia, vanidad, ansia de poder, idolatría. El hombre es un ser con capacidad de conocer. Y en esto no es diferente al resto de los seres vivos: la adaptación es conocimiento. Dentro de esa facultad de conocer está la racionalidad, pero es escasa. La razón no es nunca pura, está cargada de pasiones. Nuestro obrar viene marcado por las emociones, los sentimientos y la razón. Todas estas facultades en unión indisoluble, desde luego, no inanalizables. El problema de la estupidez es que es más amplia de lo que pensamos. Su mal reside precisamente en que está ligada a la ignorancia. El estúpido ignora que lo es, a pesar de que pueda ser inteligente, pero su inteligencia está contaminada del vicio. Creo que la estupidez es algo común al vicio. Y de esto, poco hay que añadir a lo que ya dijo en su ética Spinoza. Que tomen nota los psiquiatras y psicólogos y lean el análisis de los afectos de Spinoza. Nuestros vicios residen en ideas inadecuadas, su raíz es una falta de conocimiento; de ahí lo de la estupidez y la ignorancia. El problema es que la ignorancia es un caldo de cultivo para aumentar la estupidez. De ahí el acierto de Freud, en la línea de Sócrates: concéte a ti mismo. Lo interesante es ser capaz de hacer esto por uno mismo y tomárselo como tarea vital. Como reza la más descomunal de las sentencias socráticas: una vida sin autoanálisis no merece la pena de ser vivida. El error de occidente, que no ocurrió en las religiones y filosofías orientales, es que nos consideramos animales racionales e inteligentes y nos olvidamos de nuestra amplia estupidez, entre otras el pensar que somos sólo racionales y eso nos ha llevado a donde estamos. La estupidez vinculada al poder se retroalimenta y se ciega definitivamente.

La desglobalización del capital pasa por la politización de la humanidad. Decía José Luís Sanpedro que estamos viviendo en una época de tecnobarbarie. A ello deberíamos sumarle lo de una barbarie de la economía apoyada en la tecnobarbarie. Todo ello es una deshumanización completa. Y eso consiste en una transformación del sujeto en objeto. El paso atrás ético-político se cifra filosóficamente en la pérdida de la categoría de sujeto. Hablando menos técnicamente: anulación de la dignidad y la libertad. ¿Hemos ganado más libertad con el euro? ¿Por qué no salir del euro? Son los mercados los que nos dirigen, no la política. No podemos claudicar ni ser indiferentes. La hecatombe de la segunda guerra mundial tuvo dos causas fundamentales: la crisis económica y la indiferencia de la ciudadanía. De ahí lo de la vanalización del mal de Anna Arendt.

¿Qué es más noble para el alma, sufrir los golpes y las flechas de la injusta fortuna, o tomar las armas contra un mar de adversidades y oponiéndose a ella, encontrar el fin? Hamlet. Shakespeare. Éste es el dilema del ciudadano. Renunciar a la lucha y la acción para cambiar el mundo o asumir el destino. El problema es que no hay un destino marcado y fijado. La historia no tiene un sentido ni un significado. No hay leyes necesarias que la describan. No se puede predecir el futuro porque éste es siempre novedad. Claudicar ante la injusta fortuna es la resignación, la debilidad. No hay destino, aunque sí fortuna, accidente. Pero frente a la adversidad hay que crecerse heroicamente. Podemos renunciar al mundo y su vanidad y banalidad. Ésta es la opción del místico del que busca desprenderse del yo. Pero el que se conforma con la injusticia y la achaca al destino o la fortuna es participe de la ella. Los grandes genocidios de la historia no se hubiesen producido sin la connivencia de la población. El verdadero ciudadano lucha por enmendar las injusticias o, por lo menos, por desvelarlas y desenmascararlas, por salir del engaño, las apa-

riencias y la esclavitud. Y esta tarea ennoblece su alma, como la ennoblece la retirada del místico; pero la intermedia es claudicar y consentir, envilece el alma.

La enseñanza ha padecido el mal del capital y de la pseudociencia de la psicopedagogía. Aunque parezcan separados van íntimamente unidos. El segundo forma parte de la ideología del primero. El sistema destruyó la enseñanza primaria y secundaria, ahora la emprende contra la universitaria. El objetivo fundamental de la educación es lo que podemos llamar la educación liberal que tiene sus orígenes en los clásicos griegos y latinos. Cuando hablamos de educación liberal hablamos de educación en la libertad. Es decir, el objetivo de la educación es el hombre en tanto que sujeto. La educación clásica tiene como objetivo la excelencia pública, la virtud. Ser capaz de transformar a los hombres en sujetos públicos activos, autónomos e independientes. Sin embargo, la reforma universitaria actual tiene como empeño la instrumentalización del hombre. Ya decía Kant que el tribunal de la universidad era el tribunal de la razón. La razón es lo que nos hace común y nos libera de la superstición. Es aquello que nos convierte en sujetos. Pero el tribunal de la universidad de hoy en día es el mercado. De esto se desprende que el objetivo no es ni la virtud, ni el conocimiento para mejorar la cosa pública, sino la adaptación profesional al mercado laboral. Esto último está alimentado por varios mitos. El más gracioso y succulento es el mito de la formación continua. Siempre debe uno estar formándose. Eso sí, no por el bien social, sino para la adaptación a la empresa, al mundo laboral que crea la competencia curricular para acceder al trabajo. Eso sí, los masters y cursos de formación pertenecen a la empresa y fundaciones privadas. El supuesto conocimiento excede a la universidad y es una fuente de explotación y riqueza. Otro mito es el de las nuevas tecnologías. Es la confusión entre información y conocimiento. Cuando hablamos de la sociedad de la comunicación y de la sociedad del conocimiento se están identificando, aunque no son lo

mismo. De lo que se trata es de vaciar de contenidos la enseñanza. Toda la información está en la red. Hasta aquí cierto, pero información sin orden conceptual es algo ciego e inaccesible. Para manejar la información es necesario previamente el conocimiento conceptual, a partir de ahí puedes transformar esta información en conocimiento.

El estado de bienestar y la izquierda se refugiaban en Europa. La izquierda empezó a claudicar hace años. El pensamiento único neoliberal hizo mella en la izquierda realmente existente. Esta misma izquierda hoy en día, la que pactó con el neoliberalismo y consideró que no había otra forma de gobierno que el de las democracias neoliberales, y que siguió el catecismo neoliberal, está viendo como el poco discurso de izquierda y socialdemócrata que le quedaba se va al traste. Los mercados han iniciado su ofensiva final. Las conquistas de ciento cincuenta años se van por el desagüe de la historia. Mientras tanto el pueblo está adormecido, narcotizado. Los sindicatos han perdido su relevancia social. La diversidad de los trabajadores ha acabado con los llamados sindicatos de clases. Pero el engaño es brutal. Lo que se está dando es una auténtica lucha de clases. Pero el pensamiento único ha anulado la conciencia de clase, por un lado, y ha dividido a la clase trabajadora, por otro, de tal forma que unos luchan contra los otros, sin saber que el enemigo es común. Muchas veces he mantenido que el progreso ético-político es accidental y fruto del esfuerzo de los hombres. Los avances en esta dirección se pueden perder en cualquier momento. Nos acercamos a una época de barbarie. Eso con lo que respecta a occidente, porque la barbarie está instalada en el resto del mundo a nuestra costa y no es esto autoflajelarse, sino analizar y tomar consciencia de lo que ha sido el desarrollo de los países ricos desde hace doscientos años.

Magnífico el último libro del matemático, filósofo, doctor en ciencias políticas, poeta y amigo Jorge Riechmann. La obra titulada “Entre la cantera y el jardín” es un compendio de ensayos, poesía, del mismo Riechmann y de otros autores y un epílogo fantástico en forma de aforismos. No es mi intención aquí hacer una reseña del librito, porque dada su heterogeneidad de estilos, es difícil. No se pueden ni se deben reseñar la poesía y los aforismos. Simplemente lo recomiendo. Los aforismos y la poesía muestran, más que dicen o demuestran y cada uno de ellos encierra pensamientos complejos que se captan entre la sensibilidad y el entendimiento. Pero sí me ha vuelto a hacer pensar sobre el recurrente tema del peligro en el que nuestra civilización se encuentra; así como la ecosfera. Y eso es lo que voy a hacer aquí.

La crisis económica ha nublado los problemas reales. La crisis es, en mi modo de ver, una crisis sistémica y Terminal. El sistema capitalista se basa en el modelo del crecimiento ilimitado y esto, simplemente, y por sentido común, es imposible en un planeta limitado. Estamos en un planeta lleno, más bien saturado. Y ha sido el desarrollo hipertrófico del hombre el que ha producido esto. La crisis económica es una consecuencia de la idea de crecimiento ilimitado que conlleva el capitalismo y del mito del progreso que está a la base como concepción mítica del mundo heredada del cristianismo. Al decir que la crisis es sistémica queremos decir que es necesario un cambio de sistema si queremos sobrevivir. El origen de la crisis es político y es importante señalar esto porque cuando hablamos sólo de economía caemos en una idea determinista de la historia en la que todo viene determinado por las leyes de la economía. Esto es absolutamente falso y carece de toda base científica. El origen político de la crisis reside en que siempre se podrían haber tomado otras medidas, el desarrollo de la historia depende de decisiones libres humanas y de la voluntad política de los políticos y los ciudadanos. Cuando digo que la crisis es Terminal a lo que me refiero es que, si no solucionamos el problema de saturación de la tierra, millones de especies se extinguirán, entre ellas el hombre, con gran probabilidad. Y se quedan algunos su vida no será nada envidiable. El problema es que esto no es un catastrofismo de ecologistas y amantes de los animales, es una cuestión científica, no quiere decir ello

que sea una verdad absoluta, pero sí ciertamente verosímil. El problema ecológico es un problema social y político-económico. No se trata de políticas verdes para lavarse la cara los demagogos políticos, ni de la sostenibilidad de la que hablan los políticos, se trata de un problema sistémico que requiere un cambio revolucionario de paradigma. Una forma distinta de vivir y de percibir el mundo. Uno de sus pilares es que hay que eliminar el antropocentrismo y sustituirlo por el ecocentrismo. Sin una biosfera sana no es posible la supervivencia de la especie humana. El problema a que se enfrenta la humanidad es el de su supervivencia. La crisis económica nos ha hecho olvidar esto; es más tanto los políticos como los mandatarios del omnipotente mercado han optado por una huída hacia delante. De ahí el fascismo económico que sufrimos y la posibilidad de fascismos políticos tremendos en el siglo XXI. Pero esta crisis económica no es más que un aspecto de la crisis global ecosocial. Vivimos en un planeta limitado y queremos seguir viviendo como si fuese ilimitado. Nuestro mayor problema ecosocial ahora mismo es el del cambio climático. Algo que ya está en marcha hace tiempo y que según algunos, como Lovelock, habríamos pasado ya el punto de no retorno. Si la temperatura aumenta 6° a final de siglo la especie humana está sentenciada. Los científicos apuntan a que esto es muy posible. Las predicciones sobre cambio climático son muy complejas porque entran dentro del ámbito de las teorías de la complejidad. Es decir, que los fenómenos causales no son lineales como en la física clásica sino complejos y diferenciales. Pero esto no quiere decir que no exista un potente aparato matemático que sirva para la predicción. Ahora bien, la cuestión de la complejidad es que las causas ya no son sólo lineales como decía, sino que se da un proceso de sinergias globalizado altamente impredecible. Estos fenómenos son tremendamente peligrosos a la hora de hablar del cambio climático. Nuestra predicciones para final de siglo, si somos capaces de cambiar la economía basada en el carbono, es que la temperatura aumentaría entre dos y tres grados, lo cual es una tremenda catástrofe social y económica. Pero las cosas son más complejas y pintan peor para la civilización humana. En primer lugar tenemos el fracaso de Copenhague, probablemente la última esperanza, en segundo lugar, los estu-

dios científicos nos informan de sucesos que entrarán en sinergia y aceleraran de forma impredecible el cambio climático. Y este cambio climático profundo y radical puede tener lugar en cuestión de décadas. Los datos están disponibles para el interesado en diferentes obras y organismo, pero para que veamos el fenómeno de la sinergia y cómo esto puede ser fatal para la especie humana ofreceré para empezar sólo uno. Los científicos predecían que el polo norte se podría atravesar en el 2070 debido al deshielo en el verano. Pues bien, en el 2009 ya se atravesó por dos barcos, aunque no había un deshielo total. Los científicos predicen ahora que el ártico se deshelará en verano de 2013. Sesenta años antes de lo que se pensaba. Esto produce dos efectos sinérgicos sobre el efecto invernadero y la acumulación de carbono en la atmósfera. El primero es el del calentamiento. Los casquetes polares reflejan la luz del sol, al ser blancos, con lo cual refrigeran la tierra. Ahora bien, a menor masa de hielo, la luz del sol es absorbida por el agua del mar lo que produce un calentamiento progresivo de la tierra que actúa sinérgicamente con el del efecto invernadero debido al carbono acumulado en la atmósfera. Pero es que, además, al derretirse los casquetes polares se derrite el permafrost, lo cuál, a su vez, permite la liberación de metano del interior. El metano tiene una capacidad de efecto invernadero veinte veces superior a la del carbono, con lo cuál, al llegar éste a la atmósfera retroalimentaría el efecto del carbono sobre el calentamiento. Esto produciría un fenómeno sinérgico acelerado que en pocas décadas reduciría la vida en la tierra a la tierras cercanas a los casquetes polares. Si superamos 330ppm de carbono en la atmósfera estamos en peligro. Los científicos quieren evitar que sobrepasemos las 450 ppm. Pero al ritmo que vamos llegaremos al final de siglo a las 750 ppm. Curiosamente, esto es superior a lo que ocurrió hace 55 millones de años en el Mioceno, época desértica, y la tierra necesitó 200 millones de años para recuperarse.

Por otra parte, y es otro escenario catastrófico, si se sigue recalentando el agua del mar por el efecto invernadero, entonces puede ser que al disminuir la densidad del agua marina la cinta transportadora que lleva la corriente del golfo y que mantiene a Europa en un clima templado, se paralice. Ello provocaría, paradójicamente, una glaciación. El hielo llegaría hasta Gibraltar, y

de ahí para abajo el desierto. Este tipo de glaciaciones, que tienen como causa la interrupción de la corriente del golfo, han ocurrido en más de una ocasión. Igual que cualquier cambio climático, lo que sucede es que ésta es la primera vez en la que el cambio es de origen humano.

Estos dos escenarios que describimos, científicamente posibles, no necesarios, pero, por supuesto no son fruto de la ideología del catastrofismo, sino de la ciencia positiva, por muy provisional que ésta sea, representarían el colapso civilizatorio global. Todas las civilizaciones han llegado a un colapso que tiene mucho que ver con el agotamiento de sus recursos. El problema es que nuestra civilización es global, de ahí que el colapso sea total. Si queremos remediar este fin es necesario descarbonizar la atmósfera y, para ello, es necesario cambiar de modelo de producción, es aquí donde interviene la economía y la política. Nuestra economía del capital está basada en la economía del carbono, pero ésta ya no da más de sí. Es necesario un giro político radical que cambie las consciencias de los ciudadanos para que podamos contemplar otra forma de vivir que no tiene nada que ver con los valores del individualismo consumista que el modelo neoliberal capitalista ha creado. Si no hacemos una revolución dirigida políticamente, en el que se pase, como decía Sacristán del paradigma del consumo al del cuidado, y al que yo añado del paradigma antropocéntrico al ecocéntrico, el fin será drástico. Los tecnófilos consideran que la tecnología resolverá los problemas. Grave error, la tecnología por sí sola no resuelve nada, son las decisiones políticas sobre la tecnología las que resuelven, si es que no hemos pasado ya el punto de no retorno, no lo creo, aunque los datos cada vez lo confirman más. Pero hay que albergar un lugar para la esperanza. Lo que sí es cierto es que la crisis económica podría haber sido el detonante de esta revolución paradigmática y, por el momento, lo que ha hecho es agudizar los problemas...el espectáculo es dantesco.

La tolerancia es un valor conquistado por la humanidad pero que debemos saber desarrollarlo. En principio el primer paso que se dio para la conquista de la tolerancia es el de soportar el error del otro. Tolerancia, en principio, fue aguantar, soportar el error ajeno. La tolerancia era un mal menor. La ventaja de esta tolerancia, es que da al traste con la eliminación del disidente, el otro, el hereje y, al menos, permite su existencia. Pero esta tolerancia es insuficiente e incompleta. La tolerancia como valor ético está ligada al nacimiento del discurso racional y, por tanto, a la crítica. La tolerancia es la cara ética de la epistemología. Me explico. Tolerar, desde el punto de vista ético-político no es sólo soportar el error ajeno, sino estar dispuesto a dialogar con el otro porque, quizás, el otro tiene algo que enseñarme. La tolerancia es diálogo y esto es lo característico del pensar racional. La racionalidad parte del escepticismo en el sentido socrático, sólo sé que no sé nada y, por ello, tengo que aprender de los demás. Ahora bien, como todos somos iguales nadie tiene que tener más razón que nadie. El escepticismo, en su sentido etimológico, no es negación del conocimiento, sino búsqueda del conocimiento. Y ésta se lleva a cabo por la razón, el diálogo. Y la palabra diálogo en su origen griego es interesante. Nos viene a decir que el logos, la razón, es lo común. Dicho de otra manera, que la razón no está de parte de nadie, sino que es el instrumento común para buscar las certezas a las que podamos tener acceso y al conocimiento y, por supuesto, esa comunidad de la razón hace posible la comunidad de vida. La tolerancia se enfrenta al fanatismo porque éste último separa a los hombres, transforma la razón en creencia y ésta es excluyente. La tolerancia abre las puertas a un camino en común a la cordialidad y los sentimientos. Porque la razón es común en tanto que son comunes nuestros sentimientos. Si nos abrimos al otro, al absolutamente distinto, encontraremos en común los sentimientos básicos. Las diferencias son la modelación cultural de estos sentimientos. Las bases de una ética cosmopolita tienen que estar en la comunidad, igualdad de la humanidad, y en la tolerancia en el sentido de búsqueda en común a través del otro del conocimiento y del bienestar en la vida.

LO FATAL

DICHOSO el árbol, que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque ésa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.
Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
¡Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos
y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...

Rubén Darío

La muerte es la mayor certeza del hombre. Sabemos que vamos a morir, pero nunca lo asumimos. La muerte se nos presenta como ajena cuando le ocurre al lejano, pero cuando nos roza sentimos que un pedazo de nuestra biografía se ha marchado con el ser querido. La muerte es nuestra realidad biográfica más radical. Pero la muerte es la disolución, es dejar de ser vivo. Es dejar de sentir, el Nirvana de los budistas, la nada, la anulación de la conciencia, el no desear, por eso el no sufrir. Morir es dejarlo todo. Vivir es ir muriendo en tanto que vamos dejando. La metáfora del árbol de la ciencia es curiosa. El conocimiento es el pecado original del hombre. Nuestra conciencia es nuestro dolor. Pero nuestra consciencia es lo que nos individualiza. El divertirse es el disolverse en la multitud, por eso en la diversión, igual que en los rituales religiosos de antaño, se utilizan las drogas que favorecen esta disolución de la conciencia. Pero, como bien decía Freud en su "El malestar en la cultura" la felicidad humana es imposible, a lo máximo a lo que podemos llegar es a la sublimación de nuestros traumas y represiones por medio

del arte, la ciencia, la filosofía, en definitiva, la cultura. Porque esta disolución es precisamente un anticipo de la muerte. Lo que el sabio persigue es la serenidad, una especie de muerte en vida, pero consciente y feliz. El misterio es como poder llegar a ello. Mientras tanto, la pena por la muerte de nuestros seres más cercanos nos sobrepasa y la incertidumbre sobre el cuándo y cómo de nuestra muerte es un puñal de dolor en el alma. Liberarse del miedo a la muerte es la tarea fundamental de la filosofía. Para vivir hay que vivir de ilusiones y desde la pasión. Por eso decía Spinoza que en nada piensa menos el sabio que en la muerte. Y viene a ser lo mismo que lo que decía Platón de que filosofar es prepararse para la muerte. Y también Camus nos recordaba que la única cuestión filosófica de relevancia es el suicidio. Si cada mañana decidimos seguir adelante es que hemos encontrado un sentido a este sinsentido. Pero como decía Cioran, el suicidio es una idea consoladora, por eso lo mejor es irlo aplazando cada día, siempre sabemos que la puerta está abierta. El suicidio es la decisión radical en la que uno se posee definitivamente a sí mismo. Por eso es considerado por la religión una rebeldía contra dios. Y, por eso, en definitiva, no se admite la eutanasia, porque es rebelarse contra lo establecido y contra el considerado máximo bien: la vida. El problema es que por encima del valor de la vida está la vida con dignidad. Una vida sin dignidad no es vida: es muerte forzada en vida.

Nietzsche diferencia claramente entre el valor del filósofo como educador frente a la educación del estado y de los medios de comunicación. El filósofo educa para engendrar al filósofo, al artista y al santo. El filósofo busca la eternidad, no se apea en las opiniones, busca la belleza, el conocimiento, trascenderse. Sin embargo, el periodista, los medios de comunicación, y hoy en día infinitamente más que en el XIX, buscan el instante. Todo lo que dicen los periódicos diariamente es efímero. Ahora bien, los medios de comunicación, al transformarse en los educadores del pueblo, como es el caso hoy de la televisión, generan la superficialidad, el valor de lo relativo, de que

nada tiene valor. Se vive y se piensa, si es que se piensa, más bien se está instalado en las emociones dirigidas por los poderes, desde lo que se nos muestra en los medios de comunicación. Es necesario recuperar el valor auténtico de la educación: formar hombres, no caricaturas, remedos o borregos. No es necesaria la prensa, ésta no es más que distracción no cultura. La prensa debería ser semanal o mensual, basada en artículos de análisis e investigación. Esto tendría un alto valor educativo. La prensa diaria no es más que superficie, epidermis de la realidad, máscara, ficción, apariencias. Pero ésta nos muestra unos valores que se confunden con la realidad. Y estos valores dirigen nuestra existencia.

La medicalización de la vida es una forma de poder. El poder actúa sobre las ideologías. Éstas son formas de control de la conciencia. Ahora bien, la ideología de la salud perfecta, de la juventud eterna, del eterno cuidado del cuerpo, son ideologías que van dirigidas a la conciencia que tenemos sobre nuestro cuerpo. Éstas ejercen una forma de control tremenda, es el biopoder del que hablaba Foucault, porque nos meten el miedo en el cuerpo y nos hacen vulnerables. Donde hay miedo hay obediencia y falta de crítica. Al estado le interesa ese control del cuerpo, porque, en definitiva, redundan en beneficios económicos, además de mantener a la población preocupadas por problemas menores e incluso pseudoproblemas. A los médicos les viene bien porque los endiosa, les da poder. Estos, como clase, no ceden en su principio de paternalismo –frente al de autonomía- que juega con el miedo y la ignorancia del paciente. Y esto, sumado a la tecnificación de la ciencia, a lo que da lugar es a una instrumentalización del paciente en el que éste deja de ser persona. A la industria farmacéutica le viene de perlas porque así vende más medicamentos y productos “mágicos” contra toda falsa enfermedad y contra la ley de la naturaleza: el envejecimiento y la muerte. A su vez, se inventan nuevas enfermedades que no son más que estados biológicos no Standard. Esto último es muy significativo en la psiquiatría. Por lo demás, a la hora de

definir la normalidad, desde la psiquiatría, se ejerce otra forma de control sobre caracteres no Standard. En definitiva, al poder le interesa medicalizar la vida porque así controla al ciudadano y elimina la conciencia. Cuando la vida se medicaliza se pierde la moral, es decir, la libertad. Actuamos por consignas del poder que define la salud y que dice velar por nuestro bien, cuando el bien es una cuestión ética, no médica, así como la felicidad y la virtud. La medicina tiene que ver con un bienestar, pero éste no es el fin de la vida, es un bien, además no absolutamente necesario para la felicidad, ni para la virtud. Es más, cada día pienso más que la felicidad que se nos ofrece no es el objetivo de la ética, sino la virtud, la excelencia. La felicidad, como he dicho ya, muchas veces es accidental y bioquímica. La virtud debe estar por encima de esta accidentalidad. Es decir, que esta accidentalidad y esta bioquímica son, así como mi cultura, familia... mis circunstancias y yo tengo que habérmelas con ella, trascenderlas, salvarlas, en lenguaje de Ortega. Por el contrario, el poder, medicalizando la vida lo que nos ofrece es la sumisión.

Interesante el concepto de igualdad en Rousseau y su relación con el mal social. Su crítica a la idea de progreso procede precisamente de ahí. La tesis que defiende es que no puede haber un progreso moral y político en la historia en la medida en la que el curso de la misma nos ha llevado a la máxima desigualdad. Los hombres, originariamente, en su estado de naturaleza son iguales. La igualdad aquí no es ontológica, esto sería una tontería, todos somos biológicamente diferentes. La igualdad es ante la propiedad. Todos son propietarios de todos los bienes de la naturaleza. Y aquí es donde reside la clave interesantísima para la izquierda de Rousseau. El origen de la desigualdad entre los hombre procede del establecimiento de la propiedad privada. A partir de ahí, el surgimiento de los diferentes poderes y del orden social se fundamentan en la legitimación de la propiedad privada, esto es, en la desigualdad entre los hombres: ricos-pobres, fuertes-débiles y amos-esclavos. Hay que replantearse en la actualidad esta tesis y recuperar un estado del

bienestar o socialdemocracia que implica la socialización de los bienes públicos y la redistribución de la riqueza. Todo ello requiere un control de la política sobre el capital.

La educación es un vacío burocrático. Lo único que importa es el rellenar papeles que no indican ni sirven para nada. Rellenar guiones absurdos con palabras absurdas pseudocientíficas y sinsentido. La memoria final de un curso no sería rellenar un guión. Sino una reflexión seria y argumentada sobre el acontecer del curso. La memoria es una forma literaria cercana al ensayo. Pero estos partidarios de la burocracia educativa –porque no tienen nada más que ofrecer– que vacían de contenido la enseñanza, quieren que rellenemos un guión, en donde la literatura y el pensamiento brillan por su ausencia. Si la realidad educativa es la de los papeles es, entonces, una realidad vacía. A nadie le importa, ni eso es evaluable, el momento mágico de la enseñanza, de la transmisión de conocimientos y valores. Sólo quieren papeles y más papeles. La burocracia ha matado la excelencia, ha aborregado a los profesores y les ha robado el pensamiento. La burocracia educativa ha sido un arma de adoctrinamiento y eliminación del pensamiento crítico. Poca cosa nos queda hacer ya en la educación, salvo enseñar en el reducto de nuestra aula y declararnos en desobediencia civil, siguiendo nuestra libertad de cátedra, ante la barbarie de la burocracia. La burocracia educativa es un sistema de control fascista que pretende perpetuar la ideología obsoleta del poder.

IZQUIERDA, DEMOCRACIA Y MERCADO.

Venimos asistiendo a un deterioro, en las últimas cuatro décadas, de la democracia y el pensamiento de izquierda. La base de la democracia es la pluralidad de ideas que se puedan representar a través de partidos que canalicen el pensamiento de los ciudadanos. Pero lo que viene sucediendo desde la década de los setenta es que una élite ha ocupado el poder y ha desmontado la democracia y la izquierda. Podemos decir, y es la tesis que sostengo, que el mundo se ha derechizado, políticamente habando, y que la democracia se ha restringido. Por su parte la izquierda está próxima a desaparecer. Ha claudicado ante la ideología neoliberal del mercado. Lo que aparece con los años sesenta es una crisis de producción típica del capitalismo que se intenta solucionar a partir de políticas neoliberales. Es decir, desregulación del mercado laboral eliminación de impuestos a las rentas del capital y privatización de las empresas del estado y de los servicios del estado del bienestar. Se tienen que realizar una serie de reformas estructurales, a decir del FMI y la OCDE, de tal forma que los gobiernos sigan los imperativos de los organismos que vigilan los intereses del capital. Y es aquí donde empieza la crisis política de la cual somos herederos en la actual crisis económica sistémica y Terminal. Es una crisis política porque socavó el significado de la izquierda y el de la democracia. Ambos sufrieron un tremendo déficit. Se pensó que las medidas que se proponían eran las únicas que se podían tomar. Esto dio lugar a un pensamiento determinista de la historia (determinismo económico) que dejaba poco margen, hoy deja aún menos, para la actividad política. Había que obedecer a las leyes de la economía que son las leyes del mercado. El problema es que la economía no es una ciencia neutral. El neoliberalismo muestra un pensamiento político de la economía que es la liberalización absoluta del capital. En definitiva, una ideología. La cuestión es que esta idea venció. El segundo momento es la quiebra de los países socialistas. Esto dio la puntilla a la izquierda. Se leyó este acontecimiento, erróneamente, como el fin de la izquierda. Y de ahí surgió la ideología del fin de la historia y la muerte de las ideologías. Pensamiento cuyas consecuencias estamos pade-

ciendo hoy en día. Eso dio lugar a lo que se llamó el pensamiento único. Sólo existe una manera de gobernar y ése es el modelo de las democracias liberales. Aquí subyace el error político de la izquierda. Ésta renuncia a su programa ético-político y económico y cede, como ya lo llevaba haciendo desde hacía una década, al pensamiento neoliberal. La izquierda se hace pragmática y se acerca al centro diluyendo su pensamiento. Y aquí aparece lo que llamo la izquierda realmente existente, que es la que tiene capacidad de gobernar, pero que no es la izquierda real, sino una derecha más suave y enmascarada. Esta disolución de la izquierda plantea un déficit democrático. La democracia es el dialogo y el debate de ideas. Pero con la muerte de las ideologías, el fin de la historia y una izquierda vacía, a lo que se ha dado paso es al pensamiento único. Donde sólo hay un pensamiento no hay diálogo. Los partidos no representan las ideas, sólo se representan a sí mismos y son mecanismos de lucha por el poder. Por su parte, estos partidos constituyen una clase apartada del ciudadano y delirante. Su único objetivo es el poder, no la res pública. Ya no hay ideas que defender puesto que se cree en un determinismo económico de la historia y en que no existe más pensamiento que el neoliberal y que éste se expresa en las democracias liberales.

Por su parte los medios de comunicación, dirigidos por el poder, se encargan de eliminar, por ausencia, cualquier pensamiento disidente. Lo que no aparece no existe. Por otro lado, el propio sistema capitalista crea un mundo de valores que no permitan la posibilidad del pensamiento ni de la solidaridad. En las últimas décadas hemos crecido más que nunca, pero las desigualdades se han hecho más profundas. Lo que el sistema económico político ha pretendido es narcotizar a la ciudadanía por medio de una serie de valores que le impiden el pensamiento. Ha aparecido un nuevo hombre que es el individualista hedonista: aquel que sólo piensa en sí mismo y en el disfrute de los placeres de una sociedad de consumo disgregada. Por otro lado, se ha conseguido que el ciudadano pierda su conciencia de clase. La clase media y la de los trabajadores ya no se identifican. Y desde esta conciencia alienada es imposible una lucha por la justicia. Todo ello, a lo que ha dado lugar, es al nihilismo de la ciudadanía y al fascismo político. En los comienzos del siglo

XXI y con la crisis que vivimos nos enfrentamos al peligro de la muerte definitiva de la democracia y el triunfo de los fascismos. Ya hemos entrado en el fascismo económico y los gobiernos cada vez tienen menos fuerza frente al mercado, mientras que la ciudadanía se sumerge en el nihilismo.

EL VELO, LA LIBERTAD Y EL CONFLICTO DE CIVILIZACIONES.

Creo que lo que subyace a la prohibición del velo y del burka, aunque hay que hacer distinciones, es una cuestión política. Y esta cuestión política se refiere a la identidad. La discusión se intenta llevar al ámbito del laicismo, la libertad de expresión y el respeto a la dignidad y la persona. Todas estas cosas son muy importantes. Pero el asunto de prohibir o no el velo islámico para las mujeres es una cuestión política identitaria. Una cuestión ideológica y, errónea, por lo demás. Europa se identifica, erróneamente, con el cristianismo y esta identificación se hace frente al Islam y el judaísmo. De lo que se trata es de una confrontación ideológica de identidades que intentan definir civilizaciones. Las políticas de la identidad son mitos que intentan aunar el sentimiento de las personas para fomentar el patriotismo y el odio al otro o diferente. Fomentan la creencia de que todos los males proceden del otro, aíslan la posibilidad de comunicación, se basan en creencias irracionales y niegan la historia. Estamos asistiendo desde hace unas décadas a una guerra de occidente contra el Islam y en esta guerra la estrategia es demonizar al otro y forzar un discurso de la identidad occidental falso e ideológico. Las religiones del libro son todas iguales, no hay mayor desarrollo de una sobre las otras. Pensar esto es un grave error y un desconocimiento de la historia de las religiones y del pensamiento. Se intenta identificar el origen de occidente con el Cristianismo. Esto es una aberración histórica. El primer origen occidental se encuentra en Grecia; pero, a su vez, la cultura griega, el llamado milagro griego: el surgimiento del pensamiento racional, hunde sus raíces en las cul-

turas egipcias, babilónicas, persas e indúes, fundamentalmente. No negamos que exista una emergencia de algo nuevo que aglutina todo lo anterior en la cultura griega. Pero, desde luego, no procede de la nada. El Cristianismo se extiende por occidente en dos niveles. En primer lugar entre los esclavos y los débiles, los desheredados del imperio. La clase oprimida y, por supuesto, la más supersticiosa e ignorante. Un segundo nivel de transmisión del cristianismo es a través de la filosofía y las religiones místicas del mediterráneo. Aquí aparece un cristianismo culto y místico. Por un lado se une con la tradición platónica y estoica y, por otro, con la religión de Mitra, Orfeo y Dionisos. Dioses, todos ellos, muertos y resucitados. Y esto da lugar al gnosticismo. Durante cuatro siglos hay una batalla entre la interpretación gnóstica y la literalista de las escrituras. La victoria al final es para la visión literalista que defiende una interpretación literal de los textos. Textos, que, por otro lado, habían sido transformados durante cuatrocientos años. Esto daría lugar, poco a poco, a la dogmática cristiana, que queda fijada en el concilio de Nicea allá por 356 d.c. Pero este golpe nunca hubiese sido fructífero si el imperio romano no se hubiese convertido, desde la cabeza, el emperador, al cristianismo. Y eso es lo que ocurre con Constantino. A partir de ahí, se prohíben todas las escuelas filosóficas, toda actividad científica, (biblioteca de Alejandría) y el culto a cualquier religión, que fueron llamadas paganas, pero sobre las que se monta la idolatría del santoral cristiano. Lo que se abre entonces es un camino de oscuridad, superstición, fanatismo y violencia.

Entre tanto, en el siglo VI, aparece el Islam, que es necesario vincular también, como en el caso de la secta del nazarenos, con las condiciones históricas, en este caso de guerras tribales y afán de expansionismo. La expansión árabe e islámica corre como la pólvora y llega hasta los Pirineos. En España se establece lo que se llamará Al-Andalus. Y es aquí donde se desarrolla plenamente la cultura árabe: arte, literatura, ciencia y filosofía. Podemos considerar el siglo XI como el siglo de la ilustración árabe, con su sede en la ciudad de Córdoba. Europa estaba sumida en la ignorancia y la superstición. Los árabes españoles y también los judíos, aunque en menor medida, conocían la cultura griega y la habían hecho avanzar, como demuestran Vernet y

Koyre. Los árabes eran los únicos que en Europa sabían griego y, además, tenían acceso a las fuentes filosófico-científicas. Estudiaron estas obras y las tradujeron al árabe y al latín. Mantuvieron, Averroes, la teoría de la doble verdad: la científica y la del Corán. Fundamental esto para el surgimiento de la tolerancia. Desde el siglo XI al siglo XIV va transmitiéndose este acervo cultural, griego y árabe, a Europa, y es en ese momento cuando empieza a resurgir la cultura europea, pero siempre de la mano de los árabes. Además toda la intención de la teología racional cristiana, con su máximo representante, Tomás de Aquino, fue sojuzgar la verdad de la razón a la de la fe. Averroes, siendo el vehículo de transmisión de la ciencia y la filosofía aristotélica, sobre la que se funda la filosofía cristiana, fue declarado anatema en toda Europa. De lo que se trataba era de demostrar que su teoría de la doble verdad era una herejía que ponía en peligro la verdad literal de la Biblia. De ahí que el aquinate proclamase, aún en vigor hoy en día, la teoría de la subordinación de la razón a la fe. Véase, si no “Fe y Razón” de Juan Pablo II. Y toda la polémica entre la ciencia y la religión desde el renacimiento hasta ahora reside en esta interpretación intolerante que, unida al poder, generó cientos de miles de víctimas. El primer eco en la ciencia de la tradición ilustrada musulmana, especialmente Averroes, lo tenemos en el famoso juicio de Galileo. El físico y astrónomo universal, en su defensa pronunció una frase celebre, que le serviría de poco, pero que nos muestra las fuentes ilustradas en las que bebía: “la astronomía nos dice como van los cielos, la Biblia, como ir al cielo” A esto se le ha llamado la teoría del doble lenguaje, lo mismo que la de la doble verdad. En el fondo está la discusión entre la filosofía gnóstica y la interpretación literalista, cosa que los árabes españoles habían superado a través de Averroes y es precisamente lo que permitió la primera ilustración europea, en España. Las vicisitudes históricas hicieron que judíos y musulmanes fuesen expulsados de España. Ahí comienza un retroceso histórico, como ocurrió con los griegos y los latinos. El hecho de alcanzar un alto progreso cultural: científico, ético-político y jurídico, no garantiza una vuelta atrás catastrófica. Estos retrocesos están marcados siempre por la intolerancia. Europa se va abriendo camino, desde el renacimiento hasta la ilustración,

a través del legado griego y árabe en la conquista de la tolerancia. Pero, entre medios está el fanatismo de la inquisición y las tremendas guerras de religiones que asolaron Europa durante cien años. Y a estas guerras se pondría fin a partir de la paz de Wesfalia, ésta abolía la vinculación o unión entre el trono y el altar. Es decir, se proclamaba el laicismo. Siempre que la religión ha estado unida al poder político su destrucción sobre el disidente ha sido brutal. Y este fenómeno no es exclusivo del Islam. En la tradición europea ha durado dieciocho siglos, hasta la ilustración. Esto, en cuanto a los hechos porque la influencia sigue siendo vigente. Como muestra un botón. La ilegalización de la eutanasia tiene su fundamente moral en el cristianismo: no somos dueños de nuestra vida, se la debemos al creador. Mientras que no cambie este prejuicio teológico, enmascarado de paternalismo del estado y de la medicina, no se conseguirá la consecución del derecho ilustrado sobre la vida. Si tengo el derecho a la vida, tengo el derecho a renunciar a ella. En los cuarenta años de dictadura hemos vivido en un régimen ideológico denominado nacionalcatolicismo. En esta triste y sangrante historia de España las mujeres estaban absolutamente sometidas a la voluntad del hombre. No podían abrir una cuenta bancaria, no podían acceder al mercado laboral sin permiso, no podían sacarse ni el carnet de conducir sin previo permiso del padre o marido...y esto sin narrar la miseria de la opresión y explotación en el hogar. Todo ello alimentado y justificado desde la ideología cristiana. Todo lo que vengo diciendo lo que nos muestra es, primero, que el origen cultural de Europa u occidente no es el cristianismo y que éste, no es superior a ninguna otra religión del libro. Recuerdo aquí también los crímenes contra la humanidad: genocidio y etnocidios cometidos en la destrucción de las Indias en nombre de la religión católica. Todas las religiones del libro son igualmente intolerantes, fanáticas, violentas y peligrosas, porque consideran que son la verdad absoluta. Así que fundar un discurso de la identidad europea en el cristianismo es una aberración y un mito.

De lo que se trata, entonces, para preservar la mayor libertad posible de todas es fomentar la ilustración entre todos los ciudadanos. Para empezar esto conlleva el principio de igualdad y no el de diferencia que es el que se

fomenta al prohibir el velo. La ilustración persigue la libertad de los individuos a partir del conocimiento. El conocimiento es el que nos libera de las supersticiones. Si alguien, después de cierta ilustración, decide llevar el velo, o hacerse monja o monje de clausura, pues allá él. Esa es la libertad: ser poseedor de nuestra propia existencia. No se puede hablar de que las mujeres musulmanas no son libres, probablemente no, pero, ¿son libres las mujeres u hombres, es igual, occidentales? Me temo que no. Fátima Mernisi, musulmana no practicante, catedrática de antropología en la universidad de El Cairo, titula el último capítulo de uno de sus libros: “El velo de occidente es la talla 38”. Lo dejo ahí para que se medite... Hay que dejarse de hipocresía y de grandes palabras como libertad, cuando en definitiva lo que hay es un fin político, eliminar al diferente. Es curioso que las primeras escaramuzas procedan de Cataluña, un pueblo profundamente nacionalista e identitario con una gran inmigración musulmana. La cuestión que hay que defender desde un laicismo del estado es la pluralidad de creencias y prácticas religiosas, siempre que no atenten contra la dignidad de la persona. Y esto es lo que habría que discutir, por eso decía lo del burka, pero, insisto, que es discutible. La educación tendría que ser ilustración pública en los valores ilustrados y democráticos. Pero los políticos lo que hacen es utilizar las palabras para engañar y fomentar, en nombre de la libertad, el choque de civilizaciones. En definitiva, porque en el mundo árabe hay una gran reserva energética. El problema es de subsistencia económica, no ideológico. El laicismo, y España constitucionalmente lo es, aunque hable de aconfesionalidad, que es lo mismo, exige la separación del estado y la religión. En nuestro país esto no se cumple de ninguna de las maneras. La religión católica se sostiene con fondos públicos y los actos de estado se realizan bajo la tutela del clero. No se puede venir ahora, en nombre de la libertad, a prohibir el velo. Por lo demás, prenda que nuestras abuelas solían llevar. A mayor ilustración mayor libertad, menos superstición y menos religión. Ése es el camino, no la prohibición, que genera enfrentamientos.

Leo un artículo de un compañero y amigo sobre educación. Defiende a toda costa la enseñanza pública y soy testigo de que no sólo lo hace teóricamente, sino que cuando ha tenido oportunidad lo ha hecho realizando una gran labor en su centro para que éste sea de calidad. Y yo, como compañero y amigo se lo agradezco. Defiendo las tesis fundamentales que él apoya, pero discrepo en algunos de sus diagnósticos sobre el mal de la educación pública. Defiende, a grosso modo cuatro tesis importantes: la prioridad de la enseñanza pública, la universalización de la educación, la igualdad de oportunidades y la eliminación de la religión del horario lectivo.

En nada discrepo de estas tesis. Pienso que la enseñanza pública es la garantía de una sociedad democráticamente sana. A su vez, la democracia defiende la libertad de ideas y la libertad de mercado, por tanto, ahí tienen cabida la enseñanza privada. Concertar esta enseñanza es un engaño al ciudadano. La libertad de empresa debería hacer que los colegios privados se mantengan con sus ingresos, no con los del estado en detrimento de la enseñanza pública. Y hay un factor más, esos colegios concertados, muchos de ellos son religiosos, con lo cual proporcionan una enseñanza que no tiene nada que ver con el laicismo y la aconfesionalidad de la constitución. También defiende la universalidad de la enseñanza. Todo ciudadano tiene derecho a la educación y eso es lo que hace posible la igualdad de oportunidades. El pobre, el débil, el marginal, si no accede a la educación sigue para siempre en la marginalidad. Es necesario fomentar esa igualdad de oportunidades. El problema aquí es que las diferentes leyes educativas no lo han hecho bien. La obligatoriedad de la enseñanza en su pretensión de salvaguardar la igualdad de oportunidades lo que ha producido ha sido un deterioro de la enseñanza. Y es aquí en donde discrepo con el autor. Éste considera que el mal en la educación y el prestigio de la enseñanza privada/concertada es causa del neoliberalismo. De ninguna de las maneras. Es la propia dinámica de la LOGSE-LOE, la que ha favorecido la quiebra de la enseñanza pública y, de rebote, el prestigio de la privada. Es curioso, que los gobiernos de izquierdas hayan sido los que más favor le hayan hecho a la enseñanza privada. Tampoco tenemos que olvidar aquí que el partido socialista comulga con el libera-

lismo, ha claudicado de la socialdemocracia. Y esto no es de ahora, que se ha puesto de redilas ante el mercado, sino que viene de lejos, como el autor sabe.

Por supuesto que participo de la eliminación de la enseñanza religiosa en el horario lectivo. Es una de mis viejas luchas en pro del laicismo constitucional. La enseñanza de la religión en los centros públicos es otra de las pruebas de nuestro déficit democrático y de la no tan modélica transición.

Y, por último, no estoy de acuerdo con lo que el autor sostiene como modo de acción para mejorar la enseñanza pública: más formación del profesorado. Creo que esto es un engaño. La formación a la que el profesorado tiene acceso, además, sus sexenios dependen de ellos, es la de los centros de profesores y los sindicatos. No tiene nada que ver con su formación académica ni investigadora. La formación actual del profesorado es adoctrinamiento en la LOGSE-LOE. Un saludo muy afectuoso para el autor.

Leo en una entrevista a un político local en un nuevo periódico que la tarea más noble a la que se puede dedicar uno es a la política. Que se me perdone, pero con la que está cayendo y con la crisis de la democracia en la que vivimos esto es una auténtica barbaridad. No sé si es cinismo político o autoengaño. Pero no voy a hacer argumentos ad hominem (falacias) si no que voy a argumentar la falsedad, ambigüedad y el cinismo de dicha sentencia. En primer lugar, por el principio constitucional de igualdad no creo que existan tareas más nobles que otras. Toda sociedad es un conjunto de interrelaciones que se necesitan las unas a las otras. No sé porqué un basurero realiza una tarea menos noble o digna (hay una sinonimia entre ambos términos) que un alcalde, médico o profesor. La nobleza y la dignidad residen en la persona, no en la actividad que realizan. Si uno se confunde con su actividad deja de ser hombre y se convierte en una caricatura, como ya nos recordase uno de los hombres más lúcido y libre de España: Miguel de Unamuno. Primero somos personas, después ciudadanos –que no se puede ser sin ser personas- y, por último, desempeñamos una tarea en la sociedad, un trabajo

que siempre, de una manera u otra, repercute en el conjunto. Confundir nuestro ser, que tiene que ver con la libertad y la dignidad, con la función que realizamos viola el principio de igualdad y se instala en una aristocracia rancia, no en la aristocracia de la excelencia: la de la virtud cívica que esa sí la defiende yo. La excelencia es algo que se conquista con el esfuerzo, no se otorga por el puesto o cargo que se desempeñe. Confundir esto es caer en una sociedad aristocrático-elitista-arbitraria y, como consecuencia, dictatorial. Este es el argumento ético-político de base, que, por lo demás, no habría que recordárselo a ningún político, claro está, si estos fuesen los excelentes. Pero me temo que no es el caso.

En un sentido originario, allá cuando surge la democracia en Atenas, sin caer en idealizaciones, porque esta democracia también calló en manos de los demagogos y no era tan perfecta como se nos cuenta, la política era la actividad más noble a la que el ciudadano (hombre libre, no cualquiera) se podía dedicar. Pero no se pueden sacar las cosas de su contexto. La ciudad en griego se dice Polis, al habitante de la ciudad con derecho a participar en la asamblea, es decir, el hombre libre: no los esclavos, ni los extranjeros, ni las mujeres, se las llama *politíes*: políticos. El político es el hombre libre. Libre, en principio, porque no necesita del trabajo manual para vivir, sus esclavos y posesiones se lo permiten. Por ello, todos los ciudadanos griegos (hombres libres) son políticos y gozan de la isonomía e isegoría. Esto es, de la igualdad ante la ley y de la igualdad de palabra o del uso de la misma en la asamblea. Hay que hacer notar que, cuando surge la democracia en Atenas, la igualdad no es ontológica, sino de expresión (el *logos*, la razón es lo común) y de ley (el imperio de la ley: todos somos iguales con respecto a ella) Ahora bien, la actividad política es la que debe ejercer todo ciudadano en cuanto tal, es su deber, participar en la gestión de la cosa pública. El idiota para el griego es el que sólo se preocupa de sí mismo, no del bien común. Esto es considerado un tremendo vicio para la mentalidad griega. Sería interesante pensar lo que un griego diría del común de los ciudadanos de las democracias actuales que han convertido al ciudadano en un individualista hedonista que no es capaz de ver más allá de su puro placer inmediato. Pero el ejercicio de la política es

el ejercicio de la excelencia, esto es, de la virtud pública, que en los griegos no se distinguía de la vida privada. La única que reviste importancia es la vida en y para la polis. Pero además, esta democracia reconoce, y aparece con claridad en la oración fúnebre de Pericles, que quienes deben gobernar han de ser los más excelentes. Los que mejor hayan cultivado la virtud, los ciudadanos ejemplares. Todo esto está muy lejos de la política actual.

Las cosas han cambiado mucho, nuestras democracias no son asamblearias, ni directas, ni participativas, ni republicanas, con lo cual la virtud de los políticos es algo que se presupone. No hay relación entre política y nobleza o excelencia. Si bien es cierto que la intención de algún político en principio es la res pública, el ejercicio real de la política elimina esta buena intención de entrada por la propia estructura del poder establecido. La política moderna emana de Maquiavelo, y recomiendo que se lea “El príncipe” de este autor. Maquiavelo rompe la relación entre ética y política con su principio de realismo político, concretado en su famosa sentencia de que en la praxis política el fin justifica los medios. La política moderna es una política maquiavélica, no en el sentido peyorativo del término, sino en el sentido del realismo político que separa ética de política, porque, aunque existan vínculos de unión, no son lo mismo como ocurría en los griegos. Vivimos instalados en democracias liberales representativas. Los representantes de los ciudadanos que ejercen su “libertad” en el momento del voto cada cuatro años son los partidos. Estos son los que administran el poder que los ciudadanos les otorgan. Ahora bien, es de todos sabido que los ciudadanos no votan por el programa, que nadie lee, que los políticos no cumplen el programa, cuando no les conviene. Éste es papel mojado. Los políticos, tanto en el parlamento, como en la campaña electoral entran en una dinámica de lucha por el poder. La polis, el bien común, está muy lejos de su conciencia. Hay algunos argumentos tumbativos en este sentido. En primer lugar, la ausencia total de democracia interna de los partidos. Dentro de los mismos partidos existe una lucha implacable por el poder. El disidente es expulsado porque rompe la homogeneidad del pensamiento único. No hay diálogo dentro de los partidos, hay obediencia al líder carismático. Las elecciones no se realizan con

listas abiertas que permitirían que el ciudadano vote al que considere más excelente, independientemente del partido. Las listas son cerradas, con lo cual se vota al partido y al líder (carisma: oscurantismo) no a las personas (excelencia) ni al programa. Los partidos se han encargado de que esto funcione así para que exista una clase, la casta política, que vivan de la política y no para la polis. Eso de la nobleza brilla por su ausencia. Por otro lado, dentro de los partidos existe la obediencia a la línea defendida por el líder: obediencia de voto. No existe libertad dentro del partido. Esta obediencia garantiza el triunfo del grupo en contra de la libertad de pensamiento y la autocrítica. De aquí lo que se deduce es que además de eliminar la libertad individual, los partidos no persiguen el bien común, sino, el poder. Ése es el objetivo, por más que la demagogia nos quiera engañar, aunque incluso ellos, se autoengañen. Farsa, no democracia, es lo que tenemos.

Por último, dos argumentos más. Los partidos mayoritarios no quieren, en primer lugar, una reforma de la ley electoral, ni una reforma de los partidos. Ambas reformas irían en contra de su lucha por el poder y a favor del bien común, lo cual si hablaría de su excelencia, nobleza y dignidad. Desarrollemos un poco esto. La ley de partidos garantiza la financiación de los mismos, entre muchas otras cosas, y las listas cerradas. La financiación es un tema altamente delicado. Los partidos políticos, como los sindicatos, no pueden mantenerse por sus afiliados y por la subvención pública, por ello necesitan de las donaciones privadas. Para mantener en marcha un partido mayoritario hace falta mucho dinero. Y aquí entra un factor importante. Quienes ganan las elecciones son los que cuentan con mayor financiación. Y esto abre las puertas directamente a la corrupción, por un lado, y a la alianza entre el poder político y el económico por otro. Creo que en estos teje y manejes de los partidos el bien común ni se les pasa por la imaginación. En segundo lugar, y en el caso de España, la reforma electoral, exigiría una mejor redistribución de la representatividad del voto que viola el principio democrático de una persona un voto. Ni los partidos mayoritarios, ni los nacionalistas, admiten una reforma de la ley electoral. Esto no es buscar el bien común, esto es perseguir el interés particular del partido y una amplia cuota

de poder a costa de la falsa representatividad de los ciudadanos. La ley electoral es una de las mayores farsas democráticas que vivimos hoy en día que da lugar a la violación fundamental del principio básico de la democracia y establece un bipartidismo en el que lo que se da es una ausencia total de pluralidad de ideas y el triunfo de un pensamiento único. Si a esto le sumamos que los partidos se hacen con los medios de comunicación, entonces, lo que tenemos es una especie de fascismo que lo que pretende es mantener una partitocracia oligárquica. Esto es, una plutocracia. Esta forma de democracia liberal, que nuestros políticos defienden como una religión, lo que ha hecho ha sido vaciar de contenido la democracia y la ha reducido a un mero ritual. Como conclusión afirmo que defender que la actividad política es la acción más noble a la que se puede dedicar alguien, hoy en día, es ingenuidad, ignorancia, o, peor, cinismo.

La vida no tiene ningún sentido, salvo el biológico. Pero nos encontramos con una paradoja. El hombre es el animal del sentido. Nos empeñamos en dar sentido a nuestra existencia y a la historia. ¿Por qué sucede esto? Pues también tiene que ver con nuestra biología. Nuestra inteligencia es instrumental, con lo que objetualiza lo que nos rodea. Pero la instrumentalización de los objetos se hace conforme a proyectos. La inteligencia humana anticipa. Es decir, que no vivimos en el presente, que es la eternidad, la ausencia de tiempo, sino en el futuro que aún no es. El hombre es el inventor del tiempo. Y el tiempo es lo que nos da la conciencia de lo inacabado, de lo imperfecto. De ahí el origen de la infelicidad humana: el tiempo. Nos desvivimos por lo que no es. Pero es que, además, la incertidumbre de lo que no es, el futuro, está, como tal, abierta, ello nos lleva a buscar un sentido y una dirección. Pero la realidad natural es que no existe ningún sentido, salvo el imperativo biológico. Pero, dicho sea también de paso, nuestra especie, como cualquier otra es contingente, puede dejar de ser en cualquier momento. La diferencia fundamental con los animales y con los niños, es precisamente la noción de

tiempo. Insisto en que la diferencia con los animales es de grado, no esencial. Los animales no viven en el tiempo, viven. No anticipan el futuro, están instalados en el ser, no en el devenir. En realidad lo único que hay es el ser. El devenir no es más que una conciencia incompleta de nuestro ser.

Nuestra inteligencia ha servido para adaptarnos al medio, pero lleva aparejada sus contraindicaciones. La posibilidad de manipular y transformar el medio, para formar nuestro mundo, humanizar la naturaleza, nos ha hecho consciente de nuestra propia limitación, del tiempo y, con ello, de la muerte. Por eso toda la cultura no es más que un intento de dar sentido a la finitud humana, a su ser para la muerte. La condición humana, en este sentido, es de incompletad, es infelicidad. Toda promesa de felicidad no es más que un engaño y autoengaño. Es el peaje que tenemos que pagar por tener una inteligencia anticipadora. Ahora bien, como venimos diciendo, nuestra inteligencia es instrumental, anticipadora de los acontecimientos. Pero, curiosamente, esa inteligencia, más nuestro ser gregario y el lenguaje que lo mediatiza, además de permitir la adaptación ha servido para múltiples funciones que, en principio, no son adaptativas, en primer orden. Me estoy refiriendo a las actividades creativas: el arte, la ciencia y la filosofía e, incluso, la religión. Todas ellas nos permiten deleitarnos en la verdad, el bien y la belleza. La inteligencia humana no aparece dirigida a crear la música de Mozart, pero, curiosamente, la hace posible y así todo el ámbito de la cultura. Ya hemos dicho que la cultura es un modo de dar sentido a lo que por naturaleza no lo tiene. Por ello llego a la conclusión de que la felicidad tiene que ver con un sano hedonismo a lo Epicuro. El placer es la ausencia del dolor. El placer es lo inmediato. Los placeres naturales son los de la vida misma y producen felicidad en la inmediatez de su satisfacción, pero su exceso produce dolor. A estos placeres naturales y necesarios hay que sumarles los placeres de la inteligencia, de la contemplación y la creación artística e intelectual. Pero este placer no debe trascender ese mismo placer. Precisamente lo que hace que el placer sea tal es su inmediatez, quiere decirse, la eliminación del tiempo. Y esa es la clave de la felicidad. Pero por eso nuestra felicidad es efímera, porque, querámoslo o no, vivimos instalados en el tiempo producto en última

instancia de nuestra inteligencia: una ficción, una fantasía. Y esto es lo envidiable del mundo animal y de la inocencia de la niñez. El placer y el dolor en el animal y el niño son inmediatos, no se teme al futuro. Cuando el niño va creciendo, a la par que va apareciendo el concepto de tiempo, comienza el miedo al futuro, los temores, la angustia y la felicidad. El niño es expulsado paulatinamente del paraíso y se convierte en hombre con su “pecado original” la inteligencia anticipadora, pero con todo un mundo de la cultura abierto al disfrute hedonista más puro, sensato y prudente.

La eutanasia y el suicidio asistido son una cuestión pendiente de nuestra sociedad. Son el reflejo de la hipocresía y el oscurantismo. La ilegalidad del suicidio asistido y la eutanasia son formas radicales de tortura. Constituyen la intervención del estado, desde el principio paternalista, en la autonomía de los individuos. A la largo de la historia hemos conquistado el derecho a la vida. Una conquista en la que las religiones han tenido su papel. Pero las religiones del libro, que se fundan en la creencia de que el hombre ha sido cread a imagen y semejanza de dios, consideran que la vida es sagrada y no le pertenece al hombre. Esto ha sido siempre una forma de control. Y éste se ha venido ejerciendo por la alianza entre el trono y el altar. Una vez que acaece, tras la ilustración, el laicismo, se supone la separación entre el estado y la religión. Pero esta separación es más formal que real. La implicación que la ética cristiana, una moral heterónoma, pacata, oscurantista, prohibicionista, antihedonista y antivital, tiene en el poder legislativo y ejecutivo es tremenda. No en vano nuestra tradición occidental procede, además de Atenás, del cristianismo. Y, además, de la peor versión del cristianismo, la literalista y la que se funda en el golpe de estado de Constantino que convierte al imperio romano al cristianismo iniciándose, así, uno de los periodos más oscurantistas, fanáticos e intolerantes de occidente. Se eliminó todo saber científico, toda filosofía y toda religión pagana; y se estableció una única verdad: la dogmática cristiana y su ética de la prohibición, la sumisión y el resentimiento.

Pero el laicismo, a pesar de haber hecho estragos no ha eliminado el gran poder de la iglesia. Su doctrina está en nuestra cultura. Y, además, la iglesia se estableció como una institución de poder. Durante veinte siglos ejerció su control explícitamente. Hoy en día, por medio de la tradición cristiana, lo hace de forma implícita e inconsciente. No hay otra forma de entender la ilegalización de la eutanasia y el suicidio asistido salvo la que se basa en la ética cristiana. Pero aquí está la hipocresía del poder. El poder laico obedece las consignas de la ética cristiana considerando la vida como un bien absoluto. Esto es lo mismo que sacralizar la vida, como hace la religión. Por encima de la vida está la dignidad y la libertad. Todo lo demás es privación de la libertad y control de las conciencias a partir del miedo, los remordimientos, las falsas esperanzas, en fin, toda una retahíla de los calificativos de la ética cristiana. Los estados laicos no han sido capaces de trascender la herencia de la ética cristiana y cambiar sus valores por otros humanistas y ecocéntricos. Seguimos anclados en el antropocentrismo y el teocentrismo, aunque ahora ese dios es el estado. El estado se convierte en el padre vigilante que debe marcar los designios de nuestro buen vivir. Esto es una farsa. En primer lugar, provoca una cantidad ingente de sufrimiento arbitrario, comparable a lo que sería la tortura. Pero todavía la hipocresía llega más lejos. Los gobiernos, en lugar de preocuparse por mantener las vidas forzosamente de aquellos que no quieren seguir viviendo, deberían preocuparse del daño que sus políticas económicas hacen en la sociedad, tanto los daños nacionales como internacionales. Porque no sólo hay una tortura contra aquellos que quieren morir y no pueden. Hay un genocidio generalizado causado por nuestro orden social basado, encima en el engaño de que no existe otra forma de hacer las cosas. Es decir, los gobernantes creen en el determinismo histórico. Si esto es así no sé que pintan ellos en el poder, si la historia obedece a leyes ciegas. Se nos engaña con el cuento de que los mercados marcan las pautas de la política. Es decir, se nos esclaviza. Y esta idea produce millones de muertos, además de la pobreza de miles de millones de seres humanos. Pero, después, no se nos deja morir en paz. Una moral pacata y débil que sirve como instrumento de control del poder sobre nuestras vidas se nos impone cargada de

buenas intenciones, de moralina. Mentira, todo una farsa. No es más que el miedo a la libertad de los ciudadanos.

Para comprender la naturaleza humana hay que sobrepasar el antropocentrismo. Es necesario una visión desde la objetividad que nos permita ver la dimensión humana. El hombre es una especie más en la evolución. Una especie, por lo demás, contingente. Es decir, que podría no haber existido. Además tremendamente joven y con un fin probablemente cercano. Creer que el hombre es distinto a los animales es creerse las historias que nos hemos ido contando para sobrevivir. Porque la cultura son nuestras garras y dientes. Ahora bien, todo ello no quiere decir que no tengamos nuestras singularidades, como cada animal tiene la suya. Nosotros somos simios, muy semejantes, a cualquiera de las especies de estos, también somos animales sociales y en esto nos parecemos a todos los que lo sean. Dos son las peculiaridades de los simios y de los homínidos y de otros animales sociales en la que la diferencia con respecto al homo es sólo de grado. Además de tener una inteligencia instrumental, la razón, también en germen en los simios. No olvidemos que pueden utilizar instrumentos y transmitir culturalmente su uso, tenemos una inteligencia social. Como simios que somos nuestra razón instrumental condiciona el modo de adaptación al mundo. Consideramos todo lo que nos rodea como un instrumento para nuestro fin. Es decir, que la inteligencia instrumental objetiva a la naturaleza, también a los demás, incluidos los semejantes. De ahí surge la violencia y el mal radical del que hablaremos después. Nuestra inteligencia social es la que nos permite ponernos en el lugar del otro, se basa fundamentalmente en la empatía. Esta inteligencia social se apoya en lo que los etólogos y los psicólogos han dado en llamar la “teoría de la mente” ésta consiste en la facultad que tiene el simio, y muchos otros mamíferos, como los perros, felinos.. de interpretar lo que está pensando el otro. El grado de inteligencia social consiste en la capacidad de interpretar lo que el otro piensa en diversos niveles. Es decir, yo pienso que tú piensas de

mí que yo estoy pensando, que tú piensas y así hasta, en casos muy desarrollados, hasta ocho niveles de interpretación, como encontramos en el teatro de Shakesperare. Y es esta inteligencia la que nos permite relacionarnos con los demás. Ahora bien, es esta inteligencia la que hace posible el engaño y la mentira. El hombre, como los simios, es un animal con capacidad de engañar. Además, la mayor capacidad de engañar le permite la supervivencia. Digamos que el éxito adaptativo de nuestra especie reside en la capacidad de instrumentalizar la naturaleza por el desarrollo de la inteligencia instrumental y en el engaño por el desarrollo de nuestra inteligencia social. Esto no elimina el altruismo, por supuesto, pero éste responde al único imperativo biológico, el del gen. Es más, tanto nuestra inteligencia instrumental, como social, son instrumentos de los genes que les han permitido, de momento, sobrevivir.

Y es este fundamento antropológico el que nos permite entender la violencia, el mal y el ecocidio del hombre. El hombre, al instrumentalizar sus relaciones considera al otro como un objeto. Por eso el mal se realiza siempre desde el fuerte hacia el débil. Éste último no está en condiciones de ser tratado como igual. De ahí que esté fuera del contrato social. El hombre es el único animal que es capaz de atormentar y torturar al que está en posición de debilidad, éste es el mal radical del que no está exenta la condición humana. La razón instrumental, por su parte, nos ha llevado al ecocidio y, a menos que seamos capaces de cambiar culturalmente nuestro paradigma, será nuestro fin. Pero, además, de ecocidio será el fin de la civilización humana.

Estos mecanismos antropológicos básicos explican la violencia en todas las sociedades. En la actualidad vivimos una de las violencias más extremas del hombre contra el hombre. El desarrollo de nuestra civilización, que ha llegado al capitalismo salvaje, se basa en el exterminio paulatino del otro por mantener nuestro bienestar. Lo que ocurre es que estamos lo suficientemente engañados como para no tomar conciencia. Además, el hombre es consciente del mal que causa a otro –y eso se torna en mecanismo inhibitor, aunque no automático, como en los lobos– cuando ve el sufrimiento en el rostro ajeno. Pero los millones de muertos por causa de nuestra civilización no tienen rostro y los miles de millones de personas que viven en la miseria,

igualmente carecen de rostro. Están despersonalizados. Esto es lo que nos permite aceptar cómodamente la violencia y, además, vivir cómodamente instalados en la ignorancia. Porque, además, como tenemos la facultad increíble de mentir, ésta se utiliza por el fuerte para engañarnos. Pero esa facultad de engañar también es facultad de autoengaño y en estas circunstancias vivimos: creándonos cuentos para hacer soportable la violencia. Y esta violencia que se ejerce contra el otro es otra de las formas de banalización del mal. No nos creemos responsables del mal. Como decían los oficiales alemanes, yo obedecía órdenes. Nosotros, simplemente con nuestros actos e indiferencia (surgida del autoengaño) mantenemos la maquinaria del sistema. Mientras tanto, nos seguimos considerando los animales privilegiados de la naturaleza. Esta idea antropomórfica es otra forma de engaño para persistir en el ecocidio y, aún más, en la eliminación del otro, el distinto, el extranjero, que siempre será el débil.

Algunas de las teorías éticas que hemos construido intentan trascender esta naturaleza. Pienso que el éxito de estas teorías es limitado, aunque ha sido efectivo en momentos de la historia y ha supuesto un avance ético-político, aunque siempre accidental. Estas teorías hacen más énfasis en el altruismo recíproco y en la comunidad entre hombre y naturaleza. La salvación de la humanidad y de la ecosfera depende del triunfo futuro de estas teorías. Hay que advertir también que el triunfo de estas teorías es el triunfo de la viabilidad genética. Es decir, que estas éticas serían estructuras adaptativas muy convenientes para la supervivencia de nuestros genes, base biológica del imperativo moral. Pero no debemos olvidar esa doble naturaleza humana que ya Kant entrevió: el fuste torcido de la humanidad en su socialmente insociabilidad. Somos altruistas, pero nuestras estrategias de supervivencia, como la de cualquier simio, y nosotros los más desarrollados, son maquiavélicas. Se basan en el engaño y la estrategia.

Para terminar tenemos que admitir que nuestra especie no es ni la mejor ni la más perfecta. Toda especie es la mejor, la más excelente en lo que se refiere a su adaptación. En esto no hay diferencia en ninguna de las especies vivas. La perfección no tiene nada que ver con la complejidad del ser. Los

seres más simples, como las bacterias han sobrevivido 3.500 millones de años y sobrevivirán hasta el fin de la vida en la tierra. Nuestra existencia es un minuto en el curso de la evolución. Y nuestro estado es el de que atraviesa el precipicio de la extinción sobre una cuerda floja. Tanto creerse los mejores como los más perfectos son fruto de nuestro autoengaño como especie que ha sido efectivo para sobrevivir hasta el momento, pero que, paradójicamente, nos lleva a la extinción a la violencia y al mal radical sobre el hombre. Es preciso otra forma de entendernos, otra antropología si queremos salir del callejón en el que nos hemos adentrado.

Acabo de leer el último libro de la excelente filósofa y magistral escritora Adela Cortina, “La justicia cordial” Es un libro que arranca del discurso de entrada en la real academia de las ciencias morales y políticas. A pesar de coincidir en gran medida con ella, porque, yo me considero también un heredero de la ilustración, y participo del ideal comunicativo o dialógico de la ética y la política en la línea de Habermas, que es la que ella sigue, discrepo en dos asuntos de importancia.

En primer lugar nuestra autora pretende una ampliación del concepto de justicia que vaya más allá de la razón e incluya los sentimientos, la empatía. Esta sería, y lo comparto, una forma de superar la razón vacía kantiana, el imperativo categórico y la comunidad ideal de diálogo entre personas racionales, que representaría la democracia a lo Habermas. Me parece muy interesante esa forma de superar, mediante la razón cordial, ese instrumentalismo de la razón ilustrada. Si caracterizamos al hombre sólo desde la razón, nos dejamos atrás gran parte de lo humano. La razón debe estar unida al corazón. No se trata del respeto al otro porque el otro es un sujeto de dignidad, un fin en sí mismo, por imperativo. Si no porque el otro es otro yo con el que tengo la capacidad de empatizar. La comunidad es una comunidad afectiva regida por la razón. Con todo esto estoy de acuerdo. Pero creo que nuestra filósofa se equivoca en su optimismo. Cree que es posible una democracia basada en

la razón y justicia cordial. Así lo desearía yo también. Pero soy de los que piensan que los ciudadanos no alcanzan su mayoría de edad, que se mueven por intereses muy particulares y que, en última instancia, obedecen a imperativos (creados artificialmente por el poder interesado en perpetuarse) emocionales. Esto significa que no actúan por sí mismos, sino heterónomamente. Si no, no podríamos explicarnos la situación de grave déficit democrático en el que hemos caído.

Otro punto de discrepancia es su antropocentrismo ético. Éste lo comparto sólo en la medida en la que el hombre es el único ser moral. Efectivamente, porque es un sujeto y una persona. Pero hay que tener en cuenta que esto no es un a priori, sino una conquista histórica basada en la empatía natural. Somos seres morales porque supuestamente somos seres libres y nos hemos dotado de dignidad. Hasta aquí de acuerdo, con la variación de que nuestro valor intrínseco no es absoluto, sino histórico, aunque por naturaleza tengamos la posibilidad de acceder a estos valores.

Pero mi tesis es que la ética debe girar hacia el ecocentrismo. Por supuesto que no participo de la idea de que los animales tengan derechos y nosotros un deber absoluto para con ellos. Ya digo que ni siquiera los valores humanos son absolutos, como la iban a ser los de los animales. Los animales no son seres morales porque esto es una cualidad emergente que aparece en el hombre y que viene mediatizada fundamentalmente por el lenguaje. Entonces, en qué consiste mi ecocentrismo. Pues en la consideración, por un lado, de que el hombre es un ser más de la ecosfera en pie de igualdad con los demás, por un lado, y, por otro, que nuestra acción con respecto a la naturaleza es una acción con respecto al hombre. Si la ética es sólo válida para el hombre porque sólo él es responsable de sus actos y la responsabilidad se relaciona con los seres que tienen dignidad; entonces, si nuestras acciones en la naturaleza afectan a los no nacidos todavía y a los hombres lejanos, pues somos responsables de nuestros actos con respecto a la naturaleza. Obsérvese que no reconozco derechos de los animales, sino solo derechos y valores inventados por el hombre. Y que al poner al hombre en pie de igualdad con el resto de la naturaleza y sabiendo que existe una relación sinérgica entre todos los seres

de la naturaleza, pues, entonces cualquier acto mío con respecto a la naturaleza es un acto con respecto al hombre y, por ende, soy responsable de ello. Creo que este paso ecocéntrico, sin eliminar el valor de la ética de la razón cordial de Adela Cortina sería un paso más del hombre, una conquista ético política. Podríamos decir con Riechmann, una segunda ilustración. Pero todo ello requiere un cambio de paradigma en la relación del hombre con la naturaleza y en la idea que el hombre tiene de sí mismo. Esta segunda ilustración extendería la justicia a todos los hombres, incluso los no nacidos, responsabilidad universal, y al resto de los seres de la naturaleza. Son nuestros orígenes cristianos los que nos impiden ver este nuevo paradigma, son las religiones del libro las que nos mantienen anclados en este paradigma. En otras culturas, la propuesta ecocéntrica es la natural, precisamente porque sus mitos fundantes participan de la idea de comunidad hombre-naturaleza. Y no olvidemos que el paraíso de los cristianos viene representado metafóricamente por la anulación de las diferencias y contradicciones entre el hombre y la naturaleza. Ésta última, sugiero, sería una idea a la que sacarle provecho, como ocurrió con la parábola del samaritano y el derecho de gentes y los posteriores derechos humanos.

La democracia, y todo lo que la democracia representa: la igualdad, la libertad, la regulación de la jornada laboral, vacaciones, estado de bienestar: salud, educación, justicia. Todo ello es una conquista de la izquierda frente al poder, que siempre ha sido de derechas y reaccionario. Esto es una conquista de ciento cincuenta años. Pero, a pesar de esto que digo, resulta, que la izquierda está actualmente derrotada por el capitalismo. Ahora bien, el problema de la derrota de la izquierda a manos del imperialismo del capital es que lo que está en peligro, sino ya en la agonía, es la democracia. La democracia es un producto del pensamiento de izquierda. Y la democracia se mantiene si se mantiene la izquierda.

El problema hoy en día es que la izquierda ha sido derrotada y vaciada de contenido. No hay ideas en la izquierda, salvo las meramente epidérmicas, el discurso políticamente correcto. Pero el mal viene de lejos. La clase explotada, junto con la clase media, menos explotada, no tienen conciencia de su explotación. Un origen importante de esta alienación de la conciencia tuvo lugar con las dictaduras fascistas que generaron la segunda guerra mundial, aunque las causas de fondo procedían de la crisis económica del 29. El desarrollo del estado de bienestar también hizo lo suyo en la eliminación de la conciencia de clase. La desaparición del llamado socialismo real produjo una tremenda crisis de ideas en la izquierda y una desbandada hacia el centro izquierda, que no es más que capitalismo con rostro algo humano. Y la derrota definitiva de la izquierda la lleva a cabo el desarrollo del neoliberalismo: el capitalismo salvaje o desbocado que elimina al estado. Pero el problema es que el desarrollo de este capitalismo, al generar un pensamiento único, elimina la democracia. Así depende de la recuperación de la izquierda, la recuperación de la democracia y la victoria sobre el imperialismo capitalista.

Pero hay una cosa que la izquierda en el siglo XX ha olvidado y es el asunto de la libertad. Por eso, la izquierda tiene que recuperar el valor de la libertad. La izquierda puso más énfasis sobre la igualdad, dejando en un segundo plano la libertad. La izquierda europea hizo poca crítica a los regímenes comunistas que eliminaban la libertad a costa de la igualdad. Aunque en algunos casos estos regímenes fuesen más justos en la redistribución de la riqueza, no contaban con la libertad. Es más la consideraron como amenaza. La izquierda que se desarrollaba en las democracias no supo ver esto. Y el caso es que la libertad es una cuestión de izquierda. Al poder, que es de derechas, no le interesa la libertad. Y es por esta razón por la que la izquierda, al vaciarse de contenido no ha sabido luchar con ideas contra el neoliberalismo. Éste, en nombre de la libertad, que era sólo la de los mercados, es decir, dictadura para el resto, ha eliminado la libertad misma. Es decir, está construyendo una sociedad totalitaria con apariencia de libertad. El desarrollo del capitalismo ha producido, por un lado, un pensamiento único que funciona como ideología que no se cuestiona y que en la sociedad civil, como decía Saramago, es

pensamiento cero. Esto mantiene a la sociedad civil esclavizada porque obedece a unos valores que son los de la sociedad del consumo y que no tiene capacidad de cuestionar. Se le muestra un mundo del cual se dice que es el que es por necesidad, no hay alternativa. Por otro lado, este sistema capitalista produce la sensación de libertad, una libertad real, pero precaria, podemos comprar, viajar, opinar, etc. Insisto en que es una libertad real, pero teledirigida por el poder porque su marco de actuación es la sociedad del consumo creada por el pensamiento único.

De todo esto se desprende que una de las ideas que debe recuperar la izquierda es la de la libertad en el sentido más fuerte. Libertad de pensamiento en tanto que puede haber pensamientos alternativos al hegemónico que nos permitan crear un tipo de sociedad distinta en la que el poder resida en la ciudadanía. Esto supone una recuperación del ideal de la república. El gobierno del pueblo pero de un pueblo ilustrado. Así, la izquierda tiene que recuperar ese valor y luchar con la neolengua del poder que se ha apropiado del término libertad vaciándolo de contenido para alienar a la ciudadanía. Y otro reto importante de la izquierda es el de asumir el discurso ecológico, pero en serio, no como propaganda política. Esto es importante, porque la izquierda tiene que ver con la clase obrera y ésta está ligada al orden capitalista de la sociedad. El discurso ecológico debe ser asumido por la izquierda como forma de lucha contra el poder imperial del capital y como forma de liberación humana. Para eso es necesaria una ilustración de la clase oprimida y la clase media, que tienen un discurso medioambiental epidérmico, fruto del pensamiento único neoliberal. Dos retos para la izquierda que van unidos y que tienen como fin, no sólo la recuperación de la izquierda, sino la de la democracia en su versión republicana.